La envidia

Por su servidor Russell George

Hay un pecado viejo que sigue corrompiendo y afligiendo la humanidad. Es monstruoso y diabólico. Era el primer pecado que afligió el corazón de Dios. Era el pretexto que Satanás tenía en rebelarse en contra de Dios. Isaías 14:14 dice: “Sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al altísimo”. Ezequiel 28:12-13 habla del lugar exaltado que Satanás tenía y de su hermosura. La envidia provocó en él el anhelo de ser semejante a Dios. El mismo versículo 13 dice que él estaba en el huerto de Edén donde tentó a nuestros primeros padres a pecar.

La envidia es estar apenado por la superioridad de otro. Es estar abatido en la sombra del éxito de otro. Es estar desalentado porque su billetera no es tan gorda como la de otro. Es estar deprimido porque otro lleva ropa de mejor marca. Es condolerse porque los talentos de otro sobrepasan los suyos.

Una y otra vez la Biblia relata como los seres humanos han sufrido por este pecado. La primera familia humana fue afligida porque Caín no pudo tolerar el hecho de que su hermano ofreció un sacrificio mejor. Con un palo en la mano él aplastó el cráneo de Abel. En Génesis 25 leemos de Esaú, quien volvió del campo cansado y abatido porque no cazó nada. Al llegar a casa, encontró a su hermano Jacob cocinando un guiso. Hace mucho Jacob ocultaba un rencor en contra de su hermano Esaú porque él era el mayor, e iba a disfrutar de la mayor parte de la herencia. Esto se llamaba la primogenitura. El se aprovechó de Esaú en un momento cuando él era vulnerable y sacó de él su lugar favorecido en cambio por una porción de guiso. Los hermanos de José le abusaron y le humillaron y terminaron vendiéndole a los egipcios porque fue más favorecido por su padre.

El rey Saul manifestó la locura que brota de la envidia cuando volvió de la guerra en contra de los Filisteos. Era en esta guerra que el joven David logró matar al gigante Goliat. Noticias de los acontecimientos en la guerra habían llegados a casa antes del rey y sus soldados. Al llegar a las afueras de la ciudad, las mujeres salieron para recibirlos y alabarlos. Ellos cantaban y decían, “Saul hirió a sus miles y David a sus diez miles”. I Samuel 18:8 dice que al escuchar esto, Saul se enojó en gran manera. El se llenó de envidia porque David recibía más honra que él. El no quiso que las mujeres dieran más honor a un muchacho, que antes de esto, fue desconocido en Israel. Muchas veces la envidia brota porque nosotros somos mirados por alto y otro recibe la gloria.

En el Nuevo Testamento encontramos más ejemplos de la envidia. En Mateo 20, Jesús relató la parábola de los obreros en la viña. Los que trabajaron todo el día tenían envidia al ver que los que empezaron a trabajar al medio día recibieron el mismo sueldo que ellos. La parábola sirve para hacernos entender que Dios tiene derecho a hacer lo que él quiere con los suyos. Es muy importante que entendamos esto. A veces hay envidia entre los siervos de Dios porque uno tiene más éxito que otro. A veces hay una explicación, pero en otras ocasiones parece que el menos capacitado excede al más capacitado. Afortunados somos si podemos resistir la tentación de tener envidia. Pablo sufrió la persecución de los judíos porque él era capaz de reunir una multitud más grande que ellos. Leemos de esto en Hechos 13:44-45.

El pecado es siempre como una espada de dos filos. Con un filo lastimamos a los en nuestro alrededor; con el otro filo lastimamos a nosotros mismos. Muchas veces lastimamos a otros y parece que nosotros salimos sin ningún agravio. Tarde o temprano, pagaremos. Proverbios 14:30 dice que la envidia es “carcoma de los huesos”. Es algo que pudre la vida. Algunos llegan a la depresión. Otros aun terminan en suicidarse. Otra palabra por la envidia es celos. Cantares 8:6 dice: “Duros como el sepulcro los celos, sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama”. Esto quiere decir que uno puede ser consumido por la envidia. Es que nos roba del gozo y la razón por la cual vivir.

Si tenemos envidia, afligimos a los de nuestro alrededor. Santiago 3:16 dice: “Donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa”. A través de ella podemos derrumbar la tranquilidad de un hogar o de una iglesia. Aun una nación puede sufrir porque una nación tiene envidia de otra.

Unicamente con el poder de Dios podemos vencer sobre la envidia. Es una actitud que puede estar tan enredada en nuestra manera de pensar que uno mismo no puede librarse. Tenemos que reconocer que es un maldito, asqueroso, vergonzoso pecado que no tiene derecho a quedarse en nuestra vida.

Este mundo es lo suficiente grande para ti y tus rivales. Dios te ha dado una obra. Hágalo lo mejor posible sin fijarte en lo que los demás están haciendo. Felicita a los demás por sus éxitos. Si otro tiene más talento que tú, da gracias a Dios que no tendrás que rendir cuenta por tantos. Si otro tiene más bienes materiales, no serás tanto la envidia de otros. Si otros son elegidos por un puesto más alto, afortunado eres porque no tendrás tanta responsabilidad. Si eres afligido por la envidia de otros, tómalo como un elogio. Nadie tiene envidia de los que son un fracaso. Colosenses 3:1-2 dice: “Si pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”.